

Argentina

LOS MILITARES Y LA POLITICA

Aníbal Romero

¿CIVILISMO VERSUS MILITARISMO?

A ningún latinoamericano debe escapársele la importancia de lo que actualmente ocurre en Argentina. De igual forma, es esencial que los eventos que se han sucedido a partir de la toma de posesión del Presidente Alfonsín sean vistos con perspectiva histórica, y que su interpretación no sucumba al simplismo de las consignas o a un superficial emocionalismo. Lo que estamos presenciando en Argentina es la revelación de la estruendosa bancarrota moral, política y económica de un modelo de gobierno para Latinoamérica inaugurado en los años sesenta, y basado en el control dictatorial del poder por parte de la institución militar y sus colaboradores civiles, en función de las doctrinas de "seguridad nacional" de corte autoritario extendidas desde entonces a través del continente.

Decimos "revelación" de un fracaso, y no "descubrimiento", porque el desastre a que estos regímenes habían llevadō a Brasil, Chile, Uruguay y otros países del área era bastante obvio desde hace varios años. Sin embargo, de no haber sido por la sacudida que experimentó la sociedad argentina, y en particular el sector militar, a raíz del incompetente y trágico intento de recuperar las islas Malvinas en 1982, es altamente probable que nada de lo que ahora estamos viendo se hubiese materializado, y que el régimen castrense hubiese proseguido su abismal camino de represión interna, caos financiero, corrupción generalizada y belicismo en política exterior. Una vez más en la historia de América Latina han sido factores externos los que han llevado a una sociedad a enfrentarse a sí misma de manera franca y con valentía, a dejar de lado mitos y pedir una clara rendición de cuentas de parte de sus líderes.

Sería trágico, no obstante, que la confrontación que necesaria e inevitablemente deben hacer los argentinos consigo mismos, con su propio ser nacional, se plantease puramente en términos de "civiles" contra "militares". Ello equivaldría a perder de vista que si bien las Fuerzas Armadas tienen una responsabilidad fundamental en la decadencia argentina, no son los militares los únicos

culpables de la catástrofe, y además, no todos los miembros de la institución armada pueden ser acusados, en bloque, por lo ocurrido. Lo que se ha derrumbado, insistimos, es un modelo político que en todas partes donde se aplicó contó con respaldo de importantes grupos civiles, sin los cuales ninguna institución militar, por eficiente que sea, puede gestionar un Estado moderno. Lo que está en juego no es entonces una lucha entre civiles y militares sino autoritarismo y democracia. Para los latinoamericanos la gran pregunta una vez más es: ¿Somos capaces de reconciliar la libertad y el orden? ¿Pueden las Fuerzas Armadas del continente depurarse de elementos autoritarios, de la arrogancia mesiánica que ha caracterizado su ejercicio del poder en Argentina, Chile, Perú y tantos otros países en décadas recientes? ¿Lograrán nuestros dirigentes civiles alzarse por encima de las pequeñas de una lucha política concebida en términos parroquiales, y enrumbar nuestras naciones hacia un desarrollo con libertad y estabilidad? ¿Podemos, en resumen, desterrar la violencia de la confrontación política, o estamos condenados a un dilema entre revolución y tiranía?

LOS HECHOS

Ya los argentinos, y el mundo entero, conocen la verdad. La así llamada "guerra sucia" llevó a sectores de las Fuerzas Armadas y de la policía a desatar una ola de represión frenética e ilimitada, manchando profundamente el honor militar y dejando un rastro de terror y revulsión en la sociedad argentina, que sólo podrán superarse con el paso de los años. Las "Madres de la Plaza de Mayo" y numerosos grupos ocupados por los derechos humanos insisten en que los "desaparecidos" no son menos de 30.000. No cabe duda de que el extremismo guerrillero planteó una amenaza significativa en los años 60 y 70; pero la contraofensiva militar desbordó todas las fronteras que por su dignidad y sentido de la autopreservación deben respetar una institución y un Estado civilizados: "fuera de la ley nada, dentro de la ley todo" es el principio básico para un ejercicio verdaderamente sólido y eficaz de la autoridad gubernamental,

aun en las situaciones más difíciles de crisis nacional. Por lo demás, la represión continuó en Argentina aún después de que las guerrillas urbanas habían sido eliminadas como riesgo militar, y la persecución no se detuvo ni siquiera ante los niños.

Los excesos cometidos no pueden interpretarse como un fenómeno aislado o clandestino, sino como expresión de la esencia misma de un régimen autoritario levantado sobre los inhumanos pilares de una visión de la "seguridad" que confunde la guerra con la política, que concibe la sociedad como un campo de batalla lleno de "enemigos internos", y que se nutre de un absurdo espíritu de cruzada contra toda oposición y signo de descontento. Lo enfatizamos: se trata del fracaso de un modelo político y de una concepción de la seguridad en América Latina. Los militares antidemocráticos argentinos se presentaron como defensores de la "tradición" y como "reserva moral de la patria", pero en realidad su fanatismo les condujo al más hondo pantano moral que pueda imaginarse. No sólo torturaron y mataron fuera de la ley, sino que hasta quisieron suprimir algunas de las manifestaciones más elevadas del conocimiento y la cultura—"prohibiendo" el psicoanálisis, las matemáticas modernas, el arte no figurativo, quemando libros y expulsando a miles de científicos y técnicos—en una empresa oscurantista que ha dejado a la Argentina exhausta en el terreno ético e intelectual.

La economía, por otra parte, ha quedado al borde del abismo, con una inflación de 200 por ciento, una baja (entre 1980 y 83) de más del 10 por ciento en el PTB y del 25 por ciento en la producción industrial. El valor real de los salarios descendió en 50 por ciento, en tanto que la deuda externa alcanzó una cifra de más de 40.000 millones de dólares, consumidos en poca medida en adquisición de armamentos. En teoría, las políticas neoliberales aplicadas por los economistas (civiles en su mayor parte) que tuvieron en sus manos este aspecto del régimen podrían haber dado mejores resultados. Pero para que esto ocurriese habría sido indispensable controlar la corrupción. En cambio, esta última se desbordó a

niveles sin precedentes, envolviendo tanto a militares como a civiles y destruyendo por completo la ilusión de que el sector castrense iba a poner fin a esa plaga que asola a América Latina.

En cuanto a política exterior y de defensa se refiere, el drama de las Malvinas es demasiado conocido como para extenderse en su análisis. Baste decir que el episodio demostró de manera elocuente que unas Fuerzas Armadas politizadas pierden sus capacidades militares, y que una cosa es torturar y reprimir y otra muy distinta hacer la guerra contra un ejército moderno y disciplinado, consciente de sus derechos y obligaciones como brazo armado de un Estado democrático.

En fin, es excesivamente triste y decepcionante la reciente historia argentina. A pesar de todo, tenemos que tratar de extraer lecciones de lo acontecido, de no olvidarlo y de analizarlo en sus diversas implicaciones, en particular para Venezuela, cuyo sistema democrático sigue siendo vulnerable y requiere un significativo esfuerzo de perfeccionamiento.

VENEZUELA Y EL CASO ARGENTINO

Las Fuerzas Armadas venezolanas son herederas de un mensaje de libertad. Bolívar fue ante todo un hombre civilizado, convencido en lo profundo de principios humanistas, noble, gallardo y escéptico ante toda tentación autoritaria. Además, nuestras Fuerzas Armadas viven en democracia y la defienden; por ello es esencial que tengan presentes los dilemas y dificultades que pueden plantearse a un sistema político libre. Las crisis no son patrimonio exclusivo de las dictaduras; también las democracias pueden experimentarlas. Lo importante es entender que ello no debe tomarse como excusa para suprimir la libertad, pues ninguna amenaza es tan grave como para sacrificar lo que nos hace dignos: ser hombres libres.

El aterrador caso argentino produjo serias y casi insuperables divisiones entre las Fuerzas Armadas de esa hermana nación; su paso por el poder les ha llevado al desprestigio y la desmoralización, y esto no debe repetirse jamás, ni en Argentina ni en ninguna otra parte. Para ello es necesario un esfuerzo conjunto, de civiles y militares. Lo que se requiere es una relación basada en el respeto mutuo, la claridad, los valores democráticos y la lucha permanente contra todo síntoma de mesianismo,

contra toda tentación autoritaria, contra todo intento de confundir guerra y política o de idolatrar la "seguridad nacional" como algo que pueda estar por encima de la libertad y el cumplimiento de la ley. El perfeccionamiento de la democracia en Venezuela exige una clara comprensión y una firme toma de posición por parte de todos, civiles y militares, ante lo ocurrido en Argentina y ante el futuro de ese país latinoamericano.

ALFONSIN Y EL PORVENIR DE LA CIVILIZACION

Escogimos el título adrede: el intento del Presidente Alfonsín de llevar ante la justicia a los implicados en los delitos revelados recientemente —a raíz del descubrimiento de cementerios clandestinos, actos de corrupción y otras evidencias criminales— es un esfuerzo que compromete el presente y futuro de Latinoamérica como un continente en el que sea posible ser hombres dignos, capaces de vivir de acuerdo a leyes iguales para todos, de ser, en síntesis, hombres civilizados.

Insistimos en que se trata de llevar ante la justicia, no de castigar sin juicio, a aquellos sobre quienes recaen, con evidencia, fuertes sospechas de haber cometido delitos, para que sus casos sean estudiados y juzgados imparcial y legalmente. Sería lamentable que este proceso desembocase en un torbellino de acusaciones hechas a la ligera y sin suficiente fundamento. Por ello cuando se habla de un "Nuremberg argentino" hay que tener claro qué se pretende decir. Lo que se requiere es justicia, sin apellidos. En nuestros países con frecuencia se ha usado la así llamada "justicia militar"

como instrumento de encubrimiento o simple herramienta que facilita a los gobiernos burlarse de la justicia y violentarla, cuando en verdad se supone que los "códigos de justicia militar" existen más bien para destacar el especial comportamiento de honor que debe guiar a los profesionales de las armas. De allí que hablemos de "justicia" sin añadirle nada, tanto para militares como para civiles incurso en delitos.

¿Podrá la sociedad argentina, y en particular sus Fuerzas Armadas, aceptar aquello que dicte la justicia? No lo sabemos; no obstante, tenemos que admitir que somos pesimistas. El Presidente Alfonsín se encuentra en un serio dilema entre, por un lado, los temores institucionales del sector militar —preocupado por una posible "purga" en sus filas—, y de otro lado la protesta de un país horrorizado ante lo ocurrido, que demanda una pronta y eficaz sanción. Alfonsín deberá actuar con gran inteligencia y sutileza táctica, buscando apoyo entre la oficialidad democrática, garantizando que no se buscarán "chivos expiatorios" sino que se permitirá que la labor de la justicia siga su curso sin intromisiones políticas y exclusivamente en base a las leyes de una nación democrática. La actitud de las Fuerzas Armadas será clave. Si retornan al pasado, si pretenden encubrir lo ocurrido, si confunden la protección de la institución con la defensa de criminales y corruptos, Argentina perderá otra gran oportunidad histórica para encontrar su camino como país libre y digno, y se hundirá en otra noche tenebrosa de retroceso y decadencia con repercusiones a lo largo de América Latina.

